

BUENOS VECINOS

En el Nordeste de Europa hay una península de 357.000 kilómetros cuadrados tapizada de montes y sembrada de lagos e isloles: Finlandia. Este país de 4,6 millones de habitantes se encuentra en cierto modo en la situación del cazador que se ve obligado a hacer frente a un oso gigantesco. En lugar de abrazar su fusil, el cazador exclama: «¡No temas nada! ¡No voy a disparar! ¡Soy neutral!».

Finlandia se encuentra en una especialísima posición. Posee 1.000 kilómetros de frontera con la URSS. Pero no ha conocido la misma suerte que Polonia o Rumania. Finlandia proclama su neutralidad a todos los vientos, a pesar de lo cual el país está vinculado, desde 1948, a la URSS mediante un pacto de asistencia mutua. Por su estructura social, su modo de vida, gustos aspiraciones, Finlandia es una nación occidental. Sin embargo, vive en perfecta armonía con su poderoso vecino.

Muchos observadores dudan de la independencia de Finlandia. Si no se ha convertido ya en una democracia popular, dicen algunos, es porque los dirigentes del Kremlin deben de tener en la cabeza algún plan diabólico. ¿Pero cuál? Se habla de armas secretas que podrían utilizar, llegado el caso, los soviéticos: el partido comunista finlandés, que reúne entre el 16 y el 20 por 100 de los votos en las elecciones legislativas y que han participado ya en varias ocasiones en el Gobierno; los envíos de gas, que Moscú podría suspender para asfixiar al país.

Esta imagen de Finlandia es ciertamente grosera, pero es la más generalizada. Ocorre, en efecto, que el expansionismo de la URSS inquieta cada vez más. Hay quienes temen que, después de la salida de Europa de las fuerzas americanas, la mayoría de los países del viejo continente, empezando por aquellos que

cuentan con partidos comunistas poderosos, puedan convertirse en satélites o verse «finlandizados». La diplomacia francesa ha expresado ya sus temores en este sentido incluso antes de celebrarse la famosa conferencia de seguridad europea.

LA POLITICA DE SANGRE FRIA

Un ministro de Pompidou manifestó recientemente su temor de que la retirada mutua y equilibrada de las fuerzas de ambas potencias «convirtiese a Europa en objeto, que no sujeto, de la política internacional». Según dicho ministro, había que evitar a cualquier precio «la finlandización de Europa». Y para justificarse, el ministro añadió a guisa de explicación: «La relación de fuerzas entre la Unión Soviética y Finlandia es tal que resulta imposible publicar en Helsinki un artículo anticomunista».

Todos los finlandeses con quienes he tenido ocasión de entrevistarme me han comentado al respecto con una sonrisa: «Tranquílcese usted a ese ministro. En nuestro país se publican, efectivamente, artículos de matiz anticomunista». Sólo que cada vez que esto ha ocurrido, los finlandeses, conscientes de su debilidad, han sabido ingeniárselas para sacar provecho de esa situación. Como ejemplo me han contado la historia siguiente: En abril de 1971, un periódico conservador, «Uusi Suomi», criticó duramente la política seguida por Moscú en los países bálticos. Inmediatamente protestó y exigió excusas el embajador soviético. El entonces ministro de Asuntos Exteriores de Finlandia, Leskinen, se apresuró a enviar sus «saludos distinguidos» al Gobierno del país vecino. Posteriormente explicó en el Parlamento que el artículo en cuestión no expresaba, naturalmente, el punto de vista del Gobierno finlandés. Pero al mismo tiempo se mos-

tró intransigente respecto al principio de la libertad de prensa, declarando: «El autor y el periódico asumen, como es justo, la responsabilidad de sus opiniones». Así se dio por zanjado el asunto.

Pero este ejemplo no es más que uno entre muchos. «Es preciso distinguir siempre —me han explicado varios amigos finlandeses— entre los puntos de vista de nuestro Gobierno, fiel a su política de buena vecindad, y la opinión de los finlandeses tal y como se expresa en la prensa». En agosto de 1968, Helsinki reaccionó con mayor prudencia aún que Rumania y Yugoslavia ante la entrada en Praga de tropas del Pacto de Varsovia. No obstante, miles de personas se manifestaron silenciosamente frente a la Embajada soviética, sin que ello suscitase reacciones por parte del Kremlin. Todos los partidos políticos mostraron su desaprobación. El propio partido comunista se escindió con tal motivo en dos fracciones: «dogmáticos» y «revisionistas», los primeros, favorables, y los segundos, hostiles a la invasión. Desde esta última escisión se reconoce implícitamente el derecho a la existencia de tendencias dentro del partido. La URSS, tan dispuesta siempre a denunciar la mínima herejía, esta vez no ha protestado.

El silencio de Moscú indica claramente que los soviéticos no intentan atraer a Finlandia hacia el campo de las democracias populares. Nixon y Kissinger tal vez tengan razón al pensar que los dirigentes soviéticos están especialmente obsesionados por la consolidación del bloque oriental. Un importante banquero me explicó a este respecto:

«La URSS está demasiado preocupada tanto por sus dificultades interiores como por las que encuentra en Praga, Varsovia y Bucarest para meterse en más líos. La experiencia de la segunda guerra mundial les ha

enseñado que, si decidiesen ocupar nuestro país, tendrían que habérselas con cuatro millones de guerrilleros».

En efecto, Finlandia consiguió su independencia en el invierno de 1938-1940. Los finlandeses opusieron tenaz resistencia al invasor soviético, al que infligieron grandes pérdidas. Acabada la guerra, Finlandia hubo de pagar a la URSS onerosas indemnizaciones. Stalin pensó que el país no conseguiría pagar, lo cual ofrecería un pretexto a los soviéticos para una nueva intervención. Una vez más, el dirigente soviético subestimó a un país que, a fin de suministrar las máquinas-herramientas necesarias, improvisó una industria pesada y se impuso a sí mismo draconianas restricciones.

En 1948, Finlandia pasó su prueba del fuego a raíz del primer golpe de Praga. Sometida a fuertes presiones exteriores, sacudida por una fuerte agitación interior, Finlandia consiguió firmar con la URSS un tratado que garantizaba su independencia. Había, sin embargo, en dicho tratado una cláusula un tanto inquietante: Moscú y Helsinki deberían consultarse en caso de amenaza de agresión alemana a la URSS a través de Finlandia.

PRESION O PROPAGANDA

En 1961, en plena crisis de Berlín, la sangre fría de los diplomáticos fineses salvó la independencia de Finlandia. Los fineses se granjearon las simpatías de Khrushchov. En adelante, Helsinki debía «vigilar la situación y comunicar sus consideraciones al Gobierno soviético en caso de necesidad». Durante largos años los textos oficiales soviéticos hicieron continuas referencias a «la política de paz de Finlandia». Los fineses se aprovecharon de la prorrogación del tratado, en 1970, para exigir que en el mismo se hiciera mención de «la política de neu-

UNA NUEVA CRISIS

Una nueva crisis de gobierno en Finlandia: se suceden con cierta frecuencia, y sin duda proceden de las varias contradicciones internas de la política interior y exterior del país. Finlandia fue aliada de la Alemania nazi, sobre todo en razón a su hostilidad tradicional por su vecino, la Unión Soviética, hostilidad histórica iniciada en sus guerras de independencia con la Rusia zarista. La guerra entre la URSS y Finlandia de noviembre de 1939 a marzo de 1940 fue un preludio a la guerra mundial: se dijo entonces que Hitler, al ver que un pequeño país como Finlandia resistía durante seis meses al Ejército Rojo, comprendió que su

asalto militar a la URSS podría ser fácil; pero también se ha dicho que Stalin enmascaró aquella guerra precisamente para no dar idea de su verdadera fuerza, preparando la trampa en que caería Hitler y que se sellaría en Stalingrado. Con la alianza alemana en junio de 1941, Finlandia penetró en la URSS; pero tres años más tarde Finlandia estaba invadida por los soviéticos, y firmaba con ellos y con los ingleses la paz en agosto de 1944; en 1945 Finlandia declaró la guerra a Alemania —a los restos de Alemania—. En la paz definitiva, Finlandia adoptó el neutralismo, las buenas relaciones con sus vecinos soviéticos y, por lo tanto, no

entró en la OTAN ni en el Mercado Común. Algunas de las zonas territoriales perdidas en la guerra le fueron devueltas por la URSS, hay visitas periódicas entre los gobernantes de los dos países, y en estos momentos la URSS está construyendo para Finlandia una central nuclear que debe entrar en servicio en 1976.

Sobre esta neutralidad, Finlandia ha servido más de una vez como puente para el entendimiento de los dos bloques, igual que Austria, que tiene condiciones parecidas. Las conferencias SALT (para la limitación de armamentos estratégicos) se iniciaron en Helsinki, continuaron en Viena y se han celebrado alter-

nativamente en las dos capitales neutrales. Finlandia trabaja en la Conferencia de Seguridad Europea y pretendería ser su sede.

En política interior está gobernada preferentemente por el partido socialdemócrata, que forma mayoría con los comunistas. Pero en las elecciones de mayo de 1970 los partidos burgueses conquistaron 113 escaños contra 87 por la coalición de izquierdas: sin embargo, los partidos burgueses están muy divididos entre sí y no pueden formar una coalición para gobernar. El Gobierno actual, dimisionario, cuyo primer ministro era el socialdemócrata Rafael Passio, era minoritario en la Cámara, lo cual hacía muy difi-

tralidad de una Finlandia amante de la paz».

Según fórmula del Jefe del Estado finlandés, pocos países han sabido «soportar (tan bien) las tempestades en tiempo de guerra y navegar en medio de vientos violentos en épocas de paz». Desde hace veinticinco años, Finlandia intenta presentarse ante la URSS como un vecino amistoso y en el que se puede confiar. Esta política le ha proporcionado indudables ventajas. En primer lugar, gracias a su política de buena vecindad, Finlandia ha podido desarrollar sus contactos con el mundo exterior, colaborar en la Asociación Europea de Libre Cambio, diversificar sus exportaciones, consolidar su independencia, afirmar su neutralidad. Desde 1955, fecha de entrada de Finlandia en las Naciones Unidas, sus contingentes armados están a disposición de la organización mundial para el mantenimiento de la paz. Ayer, Helsinki fue sede de la conferencia americano-soviética en torno a la limitación de armamentos estratégicos (SALT). Mañana lo será de la conferencia de seguridad europea. Finlandia aprovechará, seguramente, esta ocasión para reafirmar su neutralismo.

«Nuestra política de equilibrio —me dijo un diplomático— continúa asombrando a los occidentales, quienes hablan continuamente de "presiones", cuando éstas en realidad no existen. Cada vez que Helsinki atiende una demanda de Moscú, las fuentes occidentales aluden a "presiones", y en el caso inverso hablan de "propaganda"».

Los fineses me explicaron el sencillo mecanismo de las presiones ejercidas sobre Finlandia por la Unión Soviética. Los dirigentes del Kremlin temen, sobre todo, a aquellos políticos a quienes conocen mal o que no les inspiran confianza. Por eso se opusieron, por ejemplo, a los socialdemócratas mientras este grupo estuvo presidido por su oveja negra, Tanner, un viejo y tenaz antisoviético. En cuanto Tanner abandonó su puesto en dicho partido, la hostilidad de los soviéticos desapareció. Por el contrario, el inamovible Presidente de la República, Urho Ka-



El Presidente de Finlandia Urho Kaleva Kekkonen.

leva Kekkonen —elegido por vez primera en 1956—, goza de la total confianza de los soviéticos. «Los partidarios del Presidente Kekkonen son favorables a la amistad entre Finlandia y la URSS», dicen en Moscú. Esta es, sin duda, la razón por la que en el Kremlin se espera ardientemente que el actual Presidente consiga su cuarto mandato en las elecciones que tendrán lugar en 1974. Sólo así se aclara la naturaleza de las relaciones entre Helsinki y Moscú. El interés que los soviéticos muestran por los asuntos interiores finlandeses es defensivo y no ideológico. Tal vez sea Kruchov quien mejor ha resumido la postura soviética al declarar en cierta ocasión: «Los fineses son libres de elegir al Gobierno que deseen, aunque a la URSS no le resulta indiferente saber de qué Gobierno se trata».

Las presiones soviéticas podrían, pues, intensificarse si los tres grandes partidos del país

—el centrista de Kekkonen, los socialdemócratas del primer ministro Paasio y los comunistas— se viesen un día amenazados de desgarramiento. Algunos finlandeses no excluyen por completo tal hipótesis. En el campo, donde el centro recluta a la mayor parte de sus electorado, la excesiva parcelación suscita un creciente descontento entre los agricultores (el 20 por 100 de la población), que ha aprovechado el partido de los campesinos, agrupación que rehúsa el juego parlamentario y que integra al 10 por ciento de los electores. Los socialdemócratas, por su parte, han de hacer frente a una oposición interior de inspiración izquierdista que desea una transformación socialista de Finlandia según criterios que pueden disgustar a los ortodoxos de Moscú. Por último está el partido comunista, que no ha conseguido todavía superar sus divisiones. Las dos fracciones en que está ac-

tualmente dividido el partido comunista se hacen mutuamente la competencia en sus relaciones con los sindicatos, política esta que se traduce en una multiplicación del número de huelgas. Es verdad que estas huelgas se desarrollan en un terreno favorable. Desde 1971 la máquina económica funciona al ralentí, mientras que el alza de los precios alcanza el 7 por 100. Por otro lado, las fuertes subvenciones que exigen los pequeños agricultores chocan con los imperativos del equilibrio presupuestario y la estabilidad de los precios.

Debido a esta serie de circunstancias, las elecciones legislativas del pasado enero no han podido aclarar el horizonte político. Se ha constituido, es verdad, un nuevo Gobierno homogéneo socialdemócrata, pero que sólo dispone de cincuenta y cinco votos del total de doscientos del Parlamento, por lo que sólo cabe considerarlo como un equipo de transición. El descontento, de seguir aumentando, puede llegar a manifestarse en un día en detrimento de los partidos tradicionales. De ahí la importancia que las autoridades conceden a las negociaciones con el Mercado Común con vistas a firmar un tratado de libre intercambio industrial. Pero también en este caso surgen graves dificultades. Por un lado, las negociaciones con Bruselas tropiezan con un grave obstáculo por lo que respecta al trato de favor que Finlandia espera obtener de la Comunidad en relación con la industria del papel, la cual representa el 55 por 100 de las exportaciones. Por otro lado, gran parte de la opinión pública sigue siendo hostil a cualquier «entente» con la Comunidad Europea. «En este caso —me explicó el redactor jefe del principal periódico comunista de Helsinki—, Finlandia se aproximará a Occidente sin poder soportar la competencia internacional».

Puede, pues, ocurrir que Finlandia experimente, en un futuro próximo, cierta inestabilidad interior. En tal caso, la URSS tal vez frunciere el entrecejo. Al menos si sus dirigentes dejasen de confiar en la política exterior neutralista del Gobierno de Helsinki. ■ CHRISTIAN JELEN.

cil su misión. Quizá forme un nuevo con base mayoritaria o con una inclinación izquierda-centro.

La situación económica de Finlandia es anómala. Prácticamente depende de sus bosques: es un país de monocultivo y depende, por lo tanto, de las fluctuaciones del mercado de la madera y sus derivados. No obstante, ha conseguido una renta por cabeza de 1.700 dólares (probablemente superados en las últimas estadísticas), equivalente a la de Holanda; pero su dependencia de las importaciones (petróleo, carbón, hierro...) produce una inflación crónica y una elevación continua de precios sus dificultades de entendimiento con el Mercado Co-

mún, sus distancias con el Nordek —el pacto económico de los países escandinavos— y las nuevas circunstancias económicas europeas, con la práctica desaparición de la zona de libre cambio, dificulta su situación. Últimamente han abundado las huelgas llamadas "salvajes" y se han producido algunos disturbios. Estas circunstancias y la necesidad de aproximarse a la Comunidad Económica Europea han influido notablemente en la sucesión de crisis ministeriales.

El país está presidido desde el año 1956 por Urho Kaleva Kekkonen, reelegido a cada nueva votación. Es un hombre unánimemente aceptado: susca esca-

sas críticas. Kekkonen, como su predecesor, Paasikivi, mantiene a ultranza la necesidad de la neutralidad y de las buenas relaciones con el vecino soviético. Y ha conseguido en los peores momentos convencer de esa necesidad a los Estados Unidos. Hijo de un leñador, consiguió terminar con dificultades económicas la carrera de Derecho: entró en política con la derecha —partido agrario—, llegó a ser once veces ministro o primer ministro, fue enemigo de la Unión Soviética y partidario de la alianza con Alemania, pero durante la guerra de 1941 a 1944 cambió radicalmente de opinión y se pasó a la idea de defensa de la neutralidad y de

la amistad constructiva con la URSS: representa, como se ve, una de las contradicciones finlandesas típicas, el desgarramiento entre la enemistad tradicional con la nación vecina y la necesidad actual de la buena relación. Pero desde su elección en 1956 ha mantenido la neutralidad con limpieza. Se atribuye esta capacidad a su carácter frío, calculador, distante: elige el que cree mejor camino, aunque vaya contra sus convicciones personales. Se le reprocha, sin embargo, que ese carácter le convierta a veces en demasiado autoritario. Kekkonen a los setenta y dos años recorre grandes distancias en esquí. ■ JUAN ALDEBARAN.